

Los hijos de Caín



Santiago Restrepo Vélez

Resumen

La ciudad es hija del pecado. Este recorrido plantea, desde la mitología hebrea, cómo la ciudad surge cuando Dios le permite a Caín construir la ciudad; cómo Abel ha muerto a manos de Caín, por lo tanto, este es el primer asesino y el primer constructor de la ciudad. Luego, si nos trasladamos a la ciudad del presente, ésta contiene todo lo bueno y lo malo, también todas las posibilidades de realizarse en ella. Se trata, pues, de entender que el caos que puede ser para nosotros la ciudad está enraizado tanto en el bien como en el mal.

Palabras clave

Ciudad; caos; pecado; males; alteridad; anomia.

Para reflexionar acerca de lo público y lo privado, de las virtudes, se requiere tener en cuenta el contexto común en donde nos configuramos con el otro. El otro es la exterioridad de nosotros, el otro es lo público de nosotros y también lo privado de nosotros. Ese contexto es la ciudad. La ciudad en el mito hebreo es el fruto de la primera obra de Caín después de haber sido condenado por Dios.

El propósito de esta reflexión es tomar el mito de Caín como hacedor de la primera ciudad y de otras seis más. Los siete castigos que Dios le impuso a Caín serán punto de referencia y realizaré unas analogías con la ciudad del presente. Finalmente, se planteará la noción de caos como uno de los rasgos esenciales de la ciudad moderna.

Cuando Dios emprendió la creación del Cielo y de la Tierra, no encontró más que Tohu y Bohu, es decir el Caos y el Vacío. La faz del abismo, sobre el que Su Espíritu se cernía, se hallaba envuelto en la oscuridad (Graves, 1979: 9). El mito hace referencia al Caos y al Vacío, es decir, a la falta de orden, de ley y a la ausencia completa, la nada. Este panorama de desolación es el escenario para el creador. No es posible imaginarse un mundo dentro del mito que hable de un Dios o dioses que lleguen cuando parte o la totalidad está creada. El preámbulo es precisamente el Caos y el Vacío. De esta manera está justificado el hacer de Dios, su poder ordenador y creador. Posiblemente que para nuestro propósito será

imposible sustentar de ahora en adelante, después de la creación de Dios, que no exista nada. Sin embargo, en el caso de la ley, del orden, la cosa es a otro precio, dado que existe el orden y, paralelamente, existe el caos y que, por lo tanto, será una posibilidad que sobreviva a la voluntad divina.

Una ciudad moderna no se podrá concebir sin esa sombra que representa el caos. No sólo en su aspecto físico, sino en la forma como sus habitantes, sus usuarios, sus visitantes, hacen de ella una madeja de tramas imposible de identificar y desenredar.

Pero continuemos con el mito hebreo desde las entrañas del origen de Caín. Comenta Graves, en una de las tantas versiones que presenta acerca del verdadero padre de Caín, ya que no fue Adán, sino Samael. *Algunos dicen que Samael se disfrazó como si fuera la Serpiente y, después de inducir al hombre vengativamente a comer del Árbol de la Ciencia, engendró a Caín con Eva, corrompiendo así todos los hijos de su subsiguiente unión con Adán. Solamente cuando los Hijos de Israel estuvieron al pie del Monte Sinaí y recibieron la ley por medio de Moisés terminó por fin la maldición (Graves, 1979: 98).* Son muchas las versiones acerca de quién engendró a Caín, lo cierto es que cada una de ellas encierra el sino trágico de este fratricida.

La envidia, los celos, la traición y otros tantos son los precedentes de la concepción del creador de la ciudad. Lo que llama la atención es que esos precedentes se constituyen en las fuerzas oscuras que rigen la ciudad moderna y la ciudad del presente.

La Biblia habla de los hijos de Dios, que surgieron junto con los animales de la tierra, y los reptiles, todos hicieron su aparición en el sexto día. Nuestro padre indirecto fue Adán quien, según los mitos hebreos, erró por ignorancia, mientras Caín, nuestro padre directo, pecó deliberadamente. A Caín se le otorgó la tierra y a su hermano Abel le dieron los animales. Según algunas versiones que expone Graves, en Los mitos hebreos, ambos hijos de Adán le ofrecieron el fruto de su trabajo a Dios y éste aceptó el regalo de Abel y rechazó el de Caín. Caín, ofendido, posteriormente mató a su hermano.

Dios impuso a Caín siete castigos peores que la muerte misma, a saber: un cuerno vergonzoso que le brotaba de la frente; el grito "¡Fratricida!" que repetían las montañas y los valles; una perlesía que lo sacudía como la hoja de un álamo; un hambre voraz que nunca saciaba; la decepción en todos sus deseos; una



perpetua falta de sueño; y la orden de que ningún hombre lo protegiera ni matara (Graves, 1979: 108).

Para hablar de esos hijos tan diversos, ante todo debemos mencionar el contexto en el que la mayoría de ellos vive. Ese contexto es la ciudad. Dios no es fundador de ciudad, no creó la ciudad, quien la construyó y la concibió fue un hombre singular llamado Caín, este hombre construyó una ciudad, junto a seis más. La ciudad de Caín posee un aura de lo siniestro, es decir, cuando se cita, cuando se hace referencia a ella, se piensa en su arquitecto, un arquitecto de ciudad que está envuelta por una amplia sombra.

El cuerno vergonzoso de Caín que lleva en su frente no es una prótesis para su defensa, o para sus labores, es una protuberancia monstruosa equivalente a la falta que cometió por matar a su hermano Abel, el pastor de los animales. En Caín ardió el fuego de los celos y la ira, no soportó el desprecio de Dios. Caín, constructor de siete ciudades, no podía ocultar la ira en su alma.

La ciudad es el fruto de la soledad y la culpa. Luego, no es extraño pensar que la ciudad tendría murallas para protegerla de los extranjeros. Esa ciudad no estaría precedida por el relato del gran constructor sino de un nefasto relato de un fratricida. De ese constructor se diría que eliminó a su complementario y cuando decidió construir la ciudad carecía de un proyecto civilizador. Será posible afirmar que pudo hacer esas siete ciudades para refugiarse en sus siete castigos.

El cuerno que porta en su frente no le permite ser otro, por el contrario, siempre será el monstruo fratricida. Su monstruoso distintivo será una marca imborrable que llevará consigo y que estará indicándole al otro que ese constructor de ciudades es, ante todo, un criminal.

El grito "ifratricida!" que rugen las montañas o los valles, produce la jaqueca y el dolor desmesurado, horadando inclementemente los oídos del culpable. Nosotros, los hijos de Caín, hemos continuado con el

destino de hacedores de lugares en el mundo, hemos rozado la natura primigenia para crear el artificio de la ciudad. Somos los artífices del lugar que habitamos, somos herederos del artificio.

Seguramente que Caín habitó esas siete primeras ciudades, con sus siete puertas, en donde encontró los siete castigos. Castigos que no podían terminar. El grito de ifratricida! le desmoronaba los muros de sus ciudades, las ciudades sucumbían ante la carga de la culpa.

Una perlesía, que quiere decir: *una privación o disminución del movimiento de partes del cuerpo, debido a su edad avanzada, acompañada de temblor.* Un constructor como Caín no puede desapegarse de su esfuerzo. Su proyecto pierde sentido si no puede disfrutar con su propio cuerpo de la obra que ha erigido. El castigo divino tiene ese fuerte componente de impotencia. Al constructor no se le permite disfrutar de su realización, por lo tanto, todo el esfuerzo realizado se pierde. Es paradójico, pero hay un vínculo demasiado fuerte entre la salud y la satisfacción de hacedor de ciudades. Su labor y su trabajo se anulan ante la impotencia de su cuerpo, ya que no puede disfrutar de su creación.

Un hambre voraz que nunca sacia. Además de sufrir la inmovilidad de alguna parte de su cuerpo, el hacedor de ciudades padece *un hambre voraz.* El suplicio puede ser visto como aquel que se deleita devorando todo y que, por lo tanto, nunca cesará su necesidad. Atiborrarse de todo parece ser su castigo, pues su apetito es de nunca acabar y que aparentemente podría disfrutar eternamente del placer de comer.

Desde otro punto de vista, puede ser comprendido como un personaje que se destaca como el mayor depredador de los animales terrestres y de todo cuanto se pueda digerir. En consecuencia, estará condenado a devorarlo todo y cuando todo se consuma, su angustia se multiplicará, dado que no tendrá la voluntad bajo control para soportar las hambrunas.

La decepción en todos sus deseos. El deseo se constituye en el motor, en el hálito de todo proyecto que se emprenda. El deseo es la fuerza que impulsa a la acción. Cuando el hombre ha realizado el proyecto que diseñó, queda la satisfacción y el orgullo de sus sueños. Para este constructor de ciudades, se constituye en orgullo concebir y construir ciudades. En la antigua Mesopotamia, en el Egipto, las ciudades de los reyes y los faraones era el testimonio de su inteligencia y de su espíritu, por ellos en los sellos, en

las paletas de maquillaje siempre aparecía el animal que protege las murallas o columnas de la ciudad. Es allí donde el hacedor deja su impronta de ley y orden, su labor durante años habla ante los demás. Sin embargo, así como el comer para el devorador nunca puede ser saciado, lo ingrato para el constructor es que lo realizado no lo satisfaga. Estará condenado a desear pero nunca a ser complacido, ni complacerse por su empeño. Su empresa será una empresa que posea la condición de la crátera porosa que no servirá para contener el agua, puesto que siempre dejará escapar el líquido almacenado haciendo infructuoso el trabajo. Un ambiente de insatisfacción y de frustración serán los incondicionales aliados del soñador de ciudades.

Una perpetua falta de sueño. Además de llevar en la frente el símbolo del fratricida, el grito de las montañas y los valles, la imposibilidad de desplazarse en sus ciudades, el padecer un hambre voraz que no puede tener fin, la decepción de la permanente insatisfacción, el sexto castigo es la falta de sueño, es decir, que no podrá tener jamás descanso, su mente estará en permanente actividad. Su conciencia estará agitada por los anteriores castigos y para colmo de males se le ha negado la posibilidad de que alguien le ayude en sus suplicios o que alguien le dé término a sus suplicios quitándole la vida.

El fundador de ciudades padece siete castigos inclementes. Sin embargo, la ciudad, como ente complejo que es, revela que ha encarnado los males de su gestor.

La ciudad es un mecanismo biótico y sustancial. Su complejidad es la de un organismo vivo que en apariencia es ordenado y armonioso, pero que al internarse en sus configuraciones, la ciudad moderna, muestra su rostro caótico tanto para propios como para extraños.

Dios estaba en medio del Caos y el Vacío. Su obra demiúrgica carecería de sentido si hubiese existido algo y ese algo estaría contenido en un supuesto orden. Además, debemos agregarle que al creador de ciudades lo envuelve el aura del fratricida. Los urbanitas pertenecemos a un mundo donde la ley y el orden se han alterado por el primer crimen en la historia mitológica hebrea. Cuando Dios dio orden al Caos, cuando creó la luz, separó el cielo de las aguas, permitió que emergiera la tierra y que ésta fuera poblada por animales terrestres, entre ellos el hombre. Los primeros padres, Adán y Eva, fueron seducidos por Samael, quien, envidioso de haber visto

a la primera pareja levantar vapores nunca vistos, les ofreció comer del árbol prohibido, y comieron del fruto del conocimiento, Samael se las ingenió para estar con Eva y engendrar a Caín. Caín ya era portador de la tragedia de ser asesino de su hermano Abel.

Después de cometido el fratricidio, como hemos contado, la mente del hacedor de ciudades estaba atormentada por siete suplicios. Esos suplicios han trascendido el tiempo para observarse en la ciudad del presente. La ciudad moderna y posmoderna, junto con sus habitantes, padece los suplicios que narra el mito.

El cuerno vergonzoso lo llevamos todos los urbanitas. Sea el caso de aquel que abandona la ciudad y se traslada a otro contexto o a una población más pequeña, inmediatamente es estigmatizado por los propios, como una persona que puede contagiar de los males a esa ciudad, su cuerno es el señalamiento que le hacen los nativos del lugar, por lo tanto, no es tangible a la vista pero el forastero se identifica como el portador de todo cuanto negativo y despreciable pueda tener.

Si lo pensamos como en su condición de extranjero, en el mejor sentido de Camus, ahí tenemos a ese portador vergonzoso del símbolo del hombre contemporáneo. Estigmatizado, repelido, solitario, sumido en su propia hibrys, un depredador que acecha, un lobo ciudadano.

El grito de ifratricida! seguramente ya no es pronunciado por las montañas ni por los valles, lo llevará en su interior, en las calles, en los sistemas de transporte, en los espacios abiertos y cerrados, en los cíclopes de las cámaras de vigilancia. Ese extranjero es un asesino en potencia. Es allí, en el panóptico de las extremas seguridades de las ciudades del presente, donde se da la exclusión, el atropello, donde la violencia invisible y gestual aparece en el derecho reservado de admisión. El potencial asesino se sumerge en la viscosidad de la infamia contemporánea. La xenofobia que cada vez es mayor en las ciudades de tradición civilizada. Rechazo y violencia hacia la diferencia. El espíritu criminal se hace presente. Ejemplificada de manera patética en la película *El día de la bestia*, del director Alex de la Iglesia. En esta cinta se cuenta cómo un sacerdote ha descubierto, en unos códigos antiquísimos, que el 25 de diciembre de 1995 nacerá el anticristo. Ese descubrimiento lo lleva a invocar a Samael para detener el nacimiento del anticristo. Su misión lo relacionará con un metalero y un gurú telemático,

quienes serán arrastrados por el sacerdote a una aventura loca y satírica en donde son arrojados a lo más oscuro y siniestro de la ciudad, a la propia sombra de la ciudad. El alumbramiento del anticristo, que a toda costa quiere evitar el protagonista junto con sus accidentales aliados, será sólo el trasfondo del anticristo que habita y ronda las ciudades más importantes del mundo. Ese anticristo está engendrado en los grupos xenofóbicos que se empeñan en asesinar a los inmigrantes y a todos aquellos que sean considerados basura.



Los ciudadanos del presente padecemos de la perlesía que produce el estar el veinte por ciento de nuestro diario vivir metidos en burbujas de cuatro ruedas o sistemas articulados de transporte. Cuando un trancón o el daño en el sistema articulado de transporte nos inmoviliza se evidencia la torpeza y la tembladera al comprobar que nuestros miembros inferiores no son lo suficientemente efectivos para llevarnos al lugar de destino dentro del tiempo justo. Allí evidenciamos el caos que significa permanecer un tiempo de nunca acabar en los sistemas de transporte. Puedo desplazarme en un Audi o simplemente en el vehículo más modesto y estaré en la misma condición de todos aquellos que se encuentran atrapados en un trancón urbano, sumergidos en los vapores de nuestros autos o medios de transporte, invadidos de impulsos involuntarios en parte o en la totalidad del cuerpo.

El hambre del urbanita es de nunca saciar. Todas las comodidades en la ciudad son un artificio. Los servicios básicos llegan gracias a la tecnología y al artificio del hombre. Si nos detuviéramos un momento para pensar cómo suplir la falta de agua, luz, alcantarillado, energía, comprenderíamos que estamos contenidos en un dispositivo que, a su vez, es nuestra seguridad y bienestar pero que se constituye en nuestra propia trampa. La ciudad carente de los servicios básicos se hace insoportable. El supuesto de que no haya luz, el caos laboral y vehicular, revelan la fragilidad de la ciudad. La demanda insaciable del urbanita lo ha puesto en una condición desventajosa en donde se evidencia su fragilidad. Pero que mientras el fluido del abastecimiento permanezca satisfaciendo la voracidad del ciudadano, él no tomará conciencia de su penuria como devorador que todo lo arrasa. Encadenado a su insaciable hambruna estará sumergido en su impotencia de no poder saciarse algún día.

El ciudadano consumidor nunca será complacido, siempre querrá más y más. Ha dejado de ser un ciudadano para convertirse en un consumidor compulsivo. El cupo de su tarjeta de

crédito le permite atiborrarse de objetos hasta el punto de verse en la estrechez de su espacio íntimo, inmovilizado por la cantidad de objetos que ha comprado y que ahora lo agobia espacialmente dejándole una sensación de desprecio hacia lo que posee. Su instinto de consumista es el de deshacerse de cuanto le estorba y no le sirve para reiniciar su proceso de abastecimiento que, de manera eterna y cíclica, no terminará. Es decir, comprará, botará y volverá a comprar.

El inquilino urbanita ya no concilia el sueño. Si la urgencia es el bienestar económico, su voluntad será inquebrantable. Ante la fugacidad del empleo, de esos puestos que no duran lo suficiente para entregarle seguridad y tranquilidad. Es un nómada que no tiene tiempo de crear un asidero afectivo. Adquiere la impotencia de quien nunca puede desarrollar afecto hacia su ciudad, o a una ciudad extraña. Él está regido por los contratos laborales que se constituyen en sus bitácoras temporales y circunstanciales, impidiéndole echar raíces afectivas en alguno de estos destinos de trabajo.

El hombre del presente vive en el mundo del temor, de la inseguridad, pero la ciudad le presenta el rostro de la experiencia de la diversión. Si su destino es la diversión, las ciudades actuales nunca duermen porque sus consumidores permanecen apegados a cuanto oferta de entretenimiento se ofrezca. El cuerpo fatigado por las horas de exceso de trabajo no puede descansar por el mismo cansancio. El cuerpo lúdico contagiado por la fiebre del eterno entretenimiento no parará hasta agotarse o, en su defecto, se suspenda el artificio emocional del licor o la droga psicoactiva para caer derrotados. Por lo tanto, alcanzarán un sueño artificial e involuntario porque se ha consumido la energía del cuerpo.

Los hijos de Caín no podrán ser auxiliados por ningún semejante, porque sus semejantes son también depredadores como él. Los siete suplicios serán hasta el infinito. La ciudad es su seguridad pero a la vez su perdición. Sus rutinas de nunca acabar los convertirán en seres violentos e intolerantes con sus semejantes. No hallarán remedio a sus males si huyen a otra ciudad

porque todas las ciudades estarán conformadas por la estirpe de los fratricidas.

La ciudad del presente oferta una fachada de orden y eficacia que les otorga a sus usuarios cierta tranquilidad. Sin embargo, se evidencia su fragilidad cuando se es consciente de los factores que componen ese organismo aparentemente perfecto. La ciudad proviene del Caos. Ella misma es Caos absoluto. Está constituida por cúmulos caóticos. Los paliativos de un régimen democrático, la garantía de la seguridad, de la prosperidad y otros más no dejan ser rostros quiméricos que ocultan su verdadera esencia caótica. El Caos está integrado por lo monstruoso, por lo abominable.

Manuel Delgado lo plantea en su libro *Ciudad líquida, ciudad interrumpida. Las sociedades urbanas, las ciudades, serían ejemplos de escenarios en que se produce lejos del equilibrio, en los que la estabilidad no existe, en donde ninguna de las conductas es apenas predecible y en las cuales el desorden es la fuente más segura del orden. De un orden que es el resultado de la constante autorganización de elementos moleculares sometidos a todo tipo de convulsiones y de movimientos desordenados* (Delgado, 1999: 85). La ciudad está contenida en el Caos. Sólo que nuestra terquedad se alimenta de la ilusión de un mundo estable, que aparentemente es inmune al desorden. Su naturaleza, además de los siete suplicios capitales, es que los urbanitas, los hijos de Caín, debemos poseer unas naturalezas de fluidos que nos permitan unos performances adecuados para cada ocasión para negar, a través de la sonrisa eterna de los anuncios publicitarios, que el Caos no está con nosotros.

Hacemos parte de una supuesta comunidad con un bien común y nos encontramos rodeados de privatizaciones, zonas privadas de parqueos, parqueos exclusivos, parques públicos privatizados por sus tarifas de nunca pagar, calles privatizados por vigilantes informales que cobran una mensualidad y si no la pagas hay que atenerse a la inseguridad. Hacemos parte del bien común cuando de repartir los impuestos y todo tipo de gravamen y tragedia se presente, pero somos excluidos a la hora de compartir la justicia. Si estamos condenados a desear, pero nunca satisfechos, asentirnos frustrados ante nuestros proyectos, es por una razón muy sencilla: nos han excluido del libreto del goce.

Todos aparentemente somos serviles del goce. Él se constituye en el motor de cuanto nos lleva a la acción.

Con lo que no contábamos era con la antidemocracia para acceder a él. Allí ya no somos comunidad sino potenciales consumidores individualizados, según la capacidad de pago.

Un significativo porcentaje de ese mundo del goce lo representa el adquirir cosas, objetos. Lo paradójico es ver que lo que gobierna nuestro deseo es la posesión de los objetos. Objetos que nos asfixian y consumen el amor líquido que en algún momento profesamos hacia él.

Para los creadores de la democracia ateniense la palabra era la fortaleza o la fuerza que todo lo sostenía. Si bien los atenienses fueron conscientes del poder de las palabras para solucionar los problemas, las necesidades y los conflictos, sufrieron de igual forma el poder nefasto de las palabras que persuadían a una asamblea para que cambiara su decisión y cometer así injusticia. Es decir, así como se sintieron orgullosos de ser los creadores de la democracia gracias al lenguaje, también guardaron prudencia ante un lenguaje retórico que no buscara justicia sino un lenguaje agonal que estaba diseñado y concebido para derrotar a su contrincante por el hecho de derrotarlo. Autores como Richard Sennett afirman que este agón permanente, este combate entre iguales fue lo que condujo a los atenienses a destruir lo que habían construido.

Parte de los objetos que deseamos es poseer las palabras. Las palabras son el puente entre las diferencias. Aquellos que nos autodefinimos como miembros del bien común aún creemos en la palabra. Pero los tecnócratas de las palabras también nos han excluido de su esfera del bien común. La palabra que vale, que es repetida por la masa de televidentes, por los consumidores, es la palabra entramada que dice ser virtuosa pero que pertenece a los portadores del poder y que, por lo tanto, nos hace excluidos de la ventaja de pertenecer al bien común.

Vicente Verdú comenta en su libro, *Yo y tú, objetos de lujo: La primera parte del siglo XX creyó en la realización de la utopía para bien (y para mal) de la condición humana, pero el siglo XXI, es descreído, cínico y superficial. El mundo se ha colmado de tantos objetos superfluos, de perfumerías, karaokes y tiendas de ropa, de chats mal escritos, de teléfonos que hacen fotos, de parques temáticos, centros comerciales y óscars al efecto especial, que considerado en conjunto hace pensar en un paso importante a lo distraído, de lo trascendente a un presente sin más horizonte que su propio bazar.* (Verdú, 2007: 14). Los

hijos de Caín ahora estamos atiborrados de objetos lujosos, cada uno de nosotros, implícita o explícitamente, se concibe como objeto de lujo. Caín ha cambiado de nombre, sus palabras ya no hacen referencia a la justicia o a la igualdad sino a la seguridad. Esos Caínes llegaron al poder no porque sus campañas esgrimían renovadas virtudes sino porque estaban soportadas en los cimientos del Caos, del terror, del miedo. El bazar virtual de ahora posee un guión que obedece a lo superfluo que reclaman esos objetos de lujo. Sólo ofrézcales operaciones militares limpias, invasiones que superen la realidad de las procesiones de Hollywood, y allí estarán en sus tiempos de trabajo temporal. La ciudad como el escenario del hombre del presente representa la burbuja de lo superficial, en donde las virtudes públicas se ofertan quincenalmente al mejor estilo de los grandes almacenes de cadena.

Bibliografía

- Bauman, Zigmunt (2002). *En busca de la política*. México: Fondo de Cultura Económica
- Camps, Victoria (1987). *Historia de la ética I, II*. Barcelona: Crítica.
- Delgado, Manuel (1999). *Ciudad líquida, ciudad interrumpida*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Foucault, Michel (2002). *Defender la sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Graves, Robert (1979). *Los mitos hebreos*. Buenos Aires: Losada.
- Verdú, Vicente (2007). *Yo y tú, objetos de lujo*. Barcelona: Debolsillo.

